MIGUEL SOLER ROCA

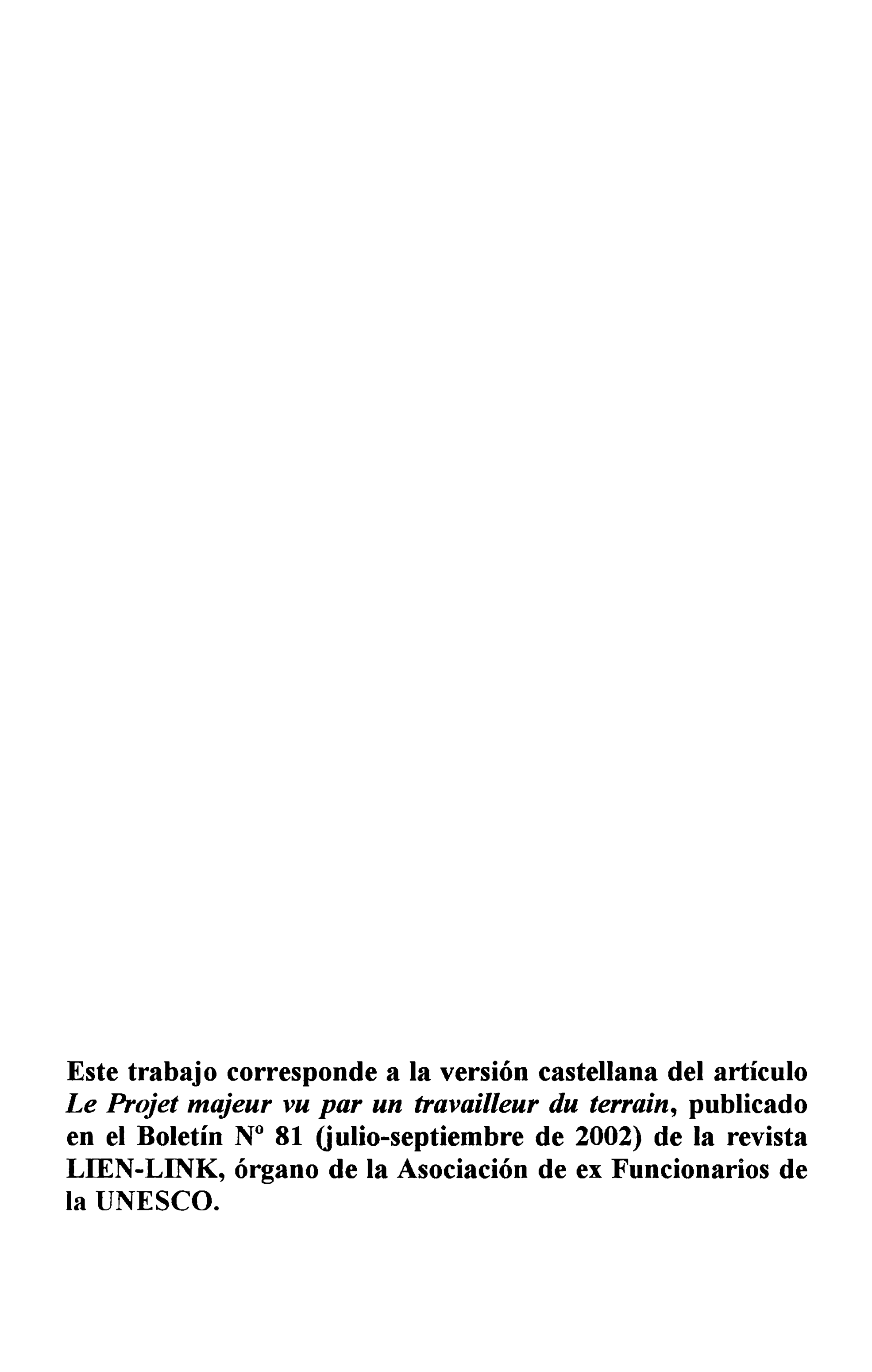
EL PROYECTO PRINCIPAL VISTO POR UN TRABAJADOR DE TERRENO

BARCELONA, AGOSTO DE 2002

MIGUEL SOLER ROCA

EL PROYECTO PRINCIPAL VISTO POR UN TRABAJADOR DE TERRENO

COMENTARIOS RELATIVOS AL PROYECTO PRINCIPAL SOBRE LA EXTENSIÓN Y EL MEJORAMIENTO DE LA EDUCACION PRIMARIA EN AMERICA LATINA (1957-1966) PROPUESTO Y COORDINADO POR LA UNESCO



Este trabajo corresponde a la versión castellana del artículo *Le Projet majeur vu par un travailleur du terrain*, publicado en el Boletín N° 81 (julio-septiembre de 2002) de la revista LIEN-LINK, órgano de la Asociación de ex Funcionarios de la UNESCO.

EXPLICACIÓN

Entre 1957 y 1966 los países latinoamericanos llevaron a cabo el Proyecto Principal sobre la Extensión y el Mejoramiento de la Educación Primaria en América Latina. El Proyecto resultó de una propuesta de la UNESCO, la cual tuvo a su cargo la cooperación técnica a las unidades nacionales ejecutoras y la coordinación general de las actividades.

La necesidad de la *extensión* era obvia. En 1956, de una población en edad escolar estimada en cerca de cuarenta millones, solamente recibían educación primaria unos diecinueve millones. Y en cuanto al *mejoramiento* cualitativo de los sistemas educativos resultaba urgente crear o reorganizar los servicios de planeamiento, gestión, supervisión y evaluación de la educación y, principalmente, realizar un titánico esfuerzo de formación y perfeccionamiento del personal docente, la mitad del cual no había recibido formación profesional alguna.

Al evaluarse el Proyecto en 1966, el alumnado había pasado de diecinueve a treinta y tres millones, se habían creado unos 400.000 cargos docentes y el porcentaje de maestros sin formación había descendido de 50 % a 37 %.

Este desarrollo, que es legítimo atribuir en parte a aquel primer Proyecto Principal, no liquidó los problemas de la escolarización universal de calidad. A partir de 1979 se programó y ejecutó, siempre en una operación conjunta de los países con la UNESCO, el Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe, con objetivos más ambiciosos. Vino luego, a es-

cala mundial, el Programa de Educación para Todos, con sus reuniones en Jomtien en 1990 y en Dakar en 2000, fijándose la primera como meta la educación básica universal para el año 2000 y la segunda el aplazamiento de la misma meta –que no se había satisfecho- para el año 2015.

No es mi propósito examinar a fondo ni los problemas ni las soluciones propuestas ni tampoco las razones y sinrazones de las reiteradas frustraciones. Lo he hecho en otro tiempo y lugar.

La Asociación de ex Funcionarios de la UNESCO publi-blica periódicamente su revista LIEN-LINK y en ella incluye algunos *dossiers* de carácter técnico. Ante el desafío que todavía significa la Educación para Todos, la redacción de LIEN ha querido exponer -como valioso y en buena medida exitoso antecedente de cooperación internacional- aquel Proyecto Principal. Pidió con ese fin la colaboración de dos de sus asociados que habían participado en el mismo: el Sr. José Blat Gimeno, que había sido miembro activo del equipo de apoyo de la UNESCO, y yo mismo, que en aquellos años actuaba como funcionario nacional sobre el terreno.

Las páginas que siguen no constituyen una descripción ni una valoración del Proyecto Principal –tarea que asumió en su artículo el Sr. Blat Gimeno- sino el testimonio de un educador cuyas actividades nacionales resultaron beneficiarias del Proyecto. Quienes estén interesados en el Proyecto mismo disponen de una amplia bibliografía y del artículo del Sr. Blat Gimeno, incluido en el Nº 81 de LIEN.

Expreso mi gratitud a LIEN por la oportunidad que me brindó de referirme a algunos aspectos, lejanos en tiempo y espacio, de mi actividad profesional. Mi artículo original fue publicado en francés y en este opúsculo me he permitido transcribirlo al castellano para difusión en España y América Latina.

Aprendiz de maestro rural

En 1943 me inicié como maestro de escuela unitaria en una zona de ganadería extensiva del norte de Uruguay. La riqueza pecuaria coexistía con la grave situación de miseria que afectaba a una reducida población que malvivía en pequeños minifundios oprimidos por extensas áreas ganaderas, situación resultante del mantenimiento de viejas estructuras agrarias que, en lo esencial, aún no han sido modificadas.

De ese medio me llegaban varias decenas de niños pobres, algunos en situación de extrema pobreza. Como maestro joven, soltero y aislado, yo me las arreglaba para alimentarlos y vestirlos, condición *sine qua non* de su escolarización, crear un ambiente escolar atractivo y enseñar a unos las primeras letras y a otros las últimas, es decir todo lo que estaba a mi alcance darles, sospechando que no habría para ellos una segunda oportunidad.

Los dos años que estuve a cargo de esa escuela, que llegó a contar con más de sesenta alumnos, con seis cursos primarios y con un maestro ayudante, constituyeron para mí un primer contacto con la pobreza rural que no conocía, una experiencia riquísima de búsqueda de soluciones para procurar ofrecer una

educación lo más integral posible y para sembrar algunos rudimentos de ilusión en un alumnado que hoy llamaríamos *marginalizado*.

Entre 1948 y 1954 todo cambió. Fui transferido a una de las zonas rurales más prósperas del país, en la cual las autoridades de la época habían procedido a expropiar una gran hacienda de 24.000 hectáreas, distribuyendo sus tierras, en parcelas de entre cincuenta y cien hectáreas, a campesinos en su mayor parte europeos que habían llegado a Uruguay en busca de una paz y una prosperidad que la vieja Europa les negaba. Era un esbozo de reforma agraria, en un país que más tarde legisló en la materia y olvidó poner en aplicación su sabia ley reformadora.

Allí, sobre las mejores tierras del país, junto al río Uruguay, ya casado con Nelly Couñago (déjenme dar su nombre porque nada de lo que sigue tiene explicación y sentido sin recordar a mi compañera de entonces) atendimos una escuela rural de dos maestros, con unos sesenta alumnos provenientes de familias campesinas en buena situación económica, mentalmente bien dotados, alegres y con el futuro asegurado. Era fácil y hermoso trabajar en esas condiciones, sobre todo cuando la escuela pasó a ser *escuela granja*, dotada de tierras y de medios para satisfacer eficazmente los objetivos educativos nacionales que asociaban la enseñanza a las condiciones ambientales y al propósito de dar a los alumnos campesinos todos los recursos intelectuales básicos para hacer de ellos agricultores de avanzada y ciudadanos conscientes. De los maestros de aquella escuela se esperaba que acompañaran en el aula y en la parcela escolar el gran esfuerzo que el Estado había hecho por instaurar allí un régimen agrario justo, organizado y próspero. El mérito nuestro fue comprender y servir las inmensas posibilidades de la educación cuando ésta actúa en un medio político, económico y social favorable.

Becario de la UNESCO

Fue entonces que la UNESCO me otorgó una beca. Eran los tiempos de la *educación de base*, como se la llamaba en francés, y de la *educación fundamental* en inglés y en español, una doctrina y una metodología educativas en que la UNESCO había sistematizado los variados esfuerzos que en el mundo de posguerra se venían realizando para atender las necesidades de inmensas masas de seres sumidos en la ignorancia y la pobreza. La necesidad de especialistas capaces de organizar programas de educación integral comunitaria y participativa en los países en desarrollo llevó a la UNESCO a planear una red de Centros regionales para la formación de personal para la educación fundamental. De esos centros fueron creados dos, el de Pátzcuaro, México, para América Latina (entonces el Caribe no contaba en estas aventuras) y el de Sirs-el-Layán, en Egipto, para los Estados Árabes. Entre mayo de 1952 y diciembre de 1953 participé, pues, en el curso regular de *especialista en educación fundamental* en el CREFAL de Pátzcuaro.

El Centro era un buen ejemplo de cooperación internacional. La responsabilidad incumbía a la UNESCO, con aportes de la Organización de Estados Americanos y un inmenso apoyo político, moral y material del Gobierno Mexicano de la época. Eminentes profesores, entre los que destacaban el Director Lucas Ortiz, mexicano con vasta experiencia como otros de los catedráticos en las famosas Misiones Culturales, aportaban las bases conceptuales e ideológicas de una educación para la comunidad pobre, una educación para el cambio y la participación, una educación para contribuir a la instauración de un mundo mejor. Y en el trabajo de campo, que realizábamos mediante proyectos concretos, volví a tomar contacto con la pobreza, pues tenía lugar en comunidades indígenas de modestos niveles de producción y cultura.

La joven UNESCO estaba allí presente, con su mensaje humanista, su saber recogido en el mundo entero y el mandato de su Constitución de contribuir a edificar un mundo más justo y feliz. El intercambio con educadores y trabajadores sociales de toda América Latina constituyó para mí un motivo más de enriquecimiento personal y profesional. De modo que la formación que recibí en el CREFAL (con el que mantuve relaciones permanentes durante más de treinta años) definió, gracias a aquella beca de la UNESCO, mi futuro como educador.

La experiencia de La Mina

De regreso a Uruguay en 1954 (vísperas del Proyecto Principal, al que pronto me referiré si el lector tiene la generosidad de esperarme) creímos (y una vez más debo hablar en un grato plural) que lo que habíamos hecho en nuestra escuela granja no podía ir más lejos y que había que retomar el camino del trabajo educativo en situación de pobreza. Un alto funcionario de la enseñanza primaria, Enrique Brayer (quien más tarde actuó durante varios años como experto de la UNESCO en Bolivia) patrocinó mi proyecto de creación del Primer Núcleo Escolar Experimental con el que yo deseaba articular varios objetivos: trabajar en una zona rural carenciada; facilitar la cooperación entre varias escuelas rurales vecinas, aplicando la fórmula de los *núcleos escolares*, nacida en Bolivia, según la cual una escuela *central* y varias escuelas *seccionales* se apoyaban mutuamente y disponían de un personal especializado de refuerzo, superando así la tradicional soledad del maestro rural; poner a prueba en medio uruguayo los principios y métodos de la educación fundamental; proyectar la labor de las escuelas a la comunidad mediante el trabajo de maestros en cierto grado *polivalentes*; en fin, constituir durante tres años un campo de experimentación sociopedagógica, apto para ser reproducido en otras zonas rurales.

Comenzamos a trabajar en 1955. El Núcleo fue instalado en la zona de La Mina, junto a la frontera con Brasil. El área de influencia, con algo más de 2.500 habitantes, abarcaba unos 250 kilómetros cuadrados, con algunas comunidades relativamente compactas y otras dispersas. En realidad se trataba más de asentamientos que de comunidades, pues la conciencia comunitaria era casi nula. La producción era agrícola y ganadera, con bolsones de minifundio, pequeñas y medianas parcelas (entre 10 y 50 hectáreas), muchas de ellas en arrendamiento, y algunas explotaciones ganaderas mayores. Un suelo ondulado, en buena parte erosionado y cubierto de malezas autóctonas, limitaba el potencial agrícola. Muchos hogares carecían de un mínimo huerto y no podría decirse que las técnicas productivas estuvieran entre las avanzadas del país. De modo que aproximadamente una cuarta parte de la población se encontraba bajo la línea de la pobreza, la mayor parte en la condición de pobres y muy pocas familias vivían holgadamente. La zona era, desde estos puntos de vista, perfectamente adecuada a la experiencia educativa que se iniciaba: los problemas eran muchos, los recursos naturales medianamente suficientes y el nivel cultural representativo del promedio rural nacional: cuando comenzamos los trabajos la tasa de analfabetismo entre los adultos era de 30 %.

Los maestros de las siete escuelas nucleadas –una de ellas creada en el transcurso de la experiencia- eran una veintena, en general cuidadosamente seleccionados por su experiencia profesional y su sensibilidad social. No se trataba de personal docente tradicional; estaba claro que eran trabajadores de una educación a la vez escolar y extraescolar, debiendo complementar su labor convencional docente con investigaciones en el medio, colaborar en todo tipo de campañas, proponer y conducir proyectos familiares y comunales, organizar actividades con la juventud y la mujer, tratando de articular la vida de la escuela y la de las familias y de promover la precaria conciencia comunitaria.

A este plantel de valiosos maestros se sumaron algunos especialistas: una maestra para el fomento de las actividades de expresión (Nelly, mi esposa), una maestra para la capacitación de las mujeres para la vida familiar, un productor de material audiovisual, un perito agrario, por menor tiempo una especialista en manualidades femeninas y, gran conquista para la época, una enfermera con formación universitaria del Ministerio de Salud Pública y un ingeniero agrónomo del Ministerio de Ganadería y Agricultura, cerrando así el triángulo fundamental del desarrollo rural: educación, salud, producción. Dispusimos también de un modesto equipamiento, algunas nuevas edificaciones y pequeñas –pequeñísimas- partidas presupuestarias para transporte y gastos generales. Era lo que queríamos: un objetivo educativo renovado, integral y ambicioso, un personal esforzado y reforzado, un costo bajo, de modo de poder consolidar y multiplicar la experiencia si sus resultados eran satisfactorios.

Debo agregar un ingrediente que resultó fundamental: la comprensión y el apoyo de las Naciones Unidas y de la UNESCO. Y más adelante la del Proyecto Principal. A lo largo de los seis años que estuve al frente de la *experiencia de La Mina* (así se la llamaba en el país) mantuve un constante contacto con la UNESCO, tanto con el Centro en que me había formado en México, como con la Oficina Regional de Santiago de Chile y la Sede misma.

No había entonces en Uruguay la Oficina Regional que hoy existe ni el Gobierno había solicitado todavía la presencia de expertos estables. De manera que la representación de la UNESCO la ejercía la oficina que en esa época representaba en Montevideo a la Junta de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, que más tarde se convertiría en el PNUD. Dirigía esa

Oficina Miss Margaret J. Anstee, del Reino Unido, joven, con excelente formación académica, conocimiento de otros países latinoamericanos, perfecto dominio del español y una visión integradora y optimista del desarrollo humano. El Uruguay de la época, considerablemente avanzado en muchos aspectos respecto al resto de América Latina, no ofrecía a Miss Anstee grandes desafíos, pero ella se los buscaba. Y no tardó nada en aparecer de visita en La Mina, en su doble calidad de representante de la UNESCO y de las Naciones Unidas, aportando desde entonces una importantísima dimensión internacional a nuestro proyecto. Margaret –así la llamábamos y así la continuamos llamando- ha sido para mí el paradigma insuperable del trabajador internacional.

No cansaré al lector con la descripción de nuestros trabajos. Hicimos cuanto podía responder a las necesidades del medio, es decir, de todo. Atendimos las siete escuelas de manera a mi juicio muy decorosa (a pesar del cúmulo de labores extraescolares en que se empeñaban los maestros) y promovimos en la zona el mejoramiento agrícola, la alimentación, el puesto de la mujer en la sociedad y en el hogar, la organización de la juventud para la recreación, la educación sanitaria, la atención de embarazos y partos, la alfabetización de jóvenes y adultos de ambos sexos. Niños, jóvenes y adultos, gracias a Nelly y su acordeón, descubrieron, por el canto, la danza, el teatro, el juego, que podían expresarse y, juntos, conocer momentos de felicidad. Cuarenta años más tarde todavía conservan ese recuerdo. Yo también.

La producción de material audiovisual fue abundante: carteles, revistas por y para los escolares y los adultos, hojas instructivas sobre aspectos específicos de la vida rural, diapositivas en blanco y negro, que producíamos y proyectábamos con ayuda de una batería de automóvil pues la zona carecía entonces de energía eléctrica. Gracias a los buenos ofi-

cios de la Experta de la UNESCO en recursos audiovisuales, María Teresa Femenías, más tarde contamos con un pequeño generador, lo que nos permitió ofrecer funciones de cine.

Cinco años después –la experiencia había sido prolongada a seis años- la población había adquirido sentido de pertenencia comunitaria y había organizado cuatro tipos de nuevas estructuras: equipos deportivos juveniles, agrupamientos femeninos, una cooperativa de salud (con presencia periódica de un médico y una dentista) y una cooperativa para la adquisición de insumos agrícolas.

El mérito no era puramente nuestro. Nos respaldaba una vigorosa y definida política educativa del Gobierno de la época, pues un Congreso convocado por las autoridades en 1949 había adoptado como principio rector el de la *escuela rural activa y productiva*. El país contaba con más de cien escuelas granjas, con el Instituto Normal Rural que impartía formación de posgrado y, a partir de 1958, con la Sección Educación Rural en la cúpula técnicoadministrativa. La educación rural uruguaya atravesaba su mejor período y en ella el Núcleo de La Mina daba y recibía estímulos.

La formación de los educadores resultaba fundamental. Nuestro personal se reunía periódicamente, en prolongadas jor--nadas, cada quince días, y también en períodos de vacaciones. Discutíamos largamente las orientaciones de nuestro trabajo, elaborábamos el plan anual de actividades que evaluábamos a fin de año en presencia de las autoridades responsables, recibíamos demostraciones de los educadores especializados del Núcleo y de la Enfermera y el Ingeniero Agrónomo. Así se constituyó un amplio programa de formación en servicio, no sólo en la teoría y la práctica de la educación, sino también en ciencias sociales y técnicas de investigación social, indispensables a la comprensión del medio rural y de los procedi-

mientos conducentes al cambio sociocultural. Todos aprendimos a vivir y a ayudar a vivir en el campo.

Desde el principio me sentí inclinado a producir el *Boletín para Maestros*, del que aparecieron cincuenta números. Resumía nuestra vida, nuestras experiencias, nuestro pequeño saber, nuestros documentos, fragmentos de publicaciones de la UNESCO, hasta las cartas que nos intercambiábamos cuando estábamos en el extranjero. Modesta herramienta, ocho o diez páginas apenas, impresas con un mimeógrafo manual, muy funcionales y muy esperadas por el personal que, desde luego, colaboraba en su redacción. Se enviaban ejemplares a las autoridades nacionales competentes, a la Biblioteca Pedagógica, al CREFAL, a la Oficina de Santiago, a la Sede de la UNESCO, a Margaret.

La cooperación internacional

La Representante de las Naciones Unidas, que llegaba varias veces por año a La Mina, resultó la gran mediadora con el mundo exterior. En noviembre de 1957, ya iniciado el Proyecto Principal, fui invitado por la UNESCO a un seminario que tuvo lugar en Venezuela para evaluar el trabajo que había venido realizando la Escuela Normal Rural Interamericana, ubicada en Rubio, y para proponer su conversión en Centro Interamericano de Educación Rural (CIER), con nuevas líneas de formación de personal más acordes con los objetivos del Proyecto Principal. Ese contacto dio lugar a un conjunto de oportunidades de formación de nuestro personal: varios maestros asistieron a los cursos del CIER, otros fueron al CREFAL, otra a Argentina, el colega que se ocupaba de la producción de ayudas audiovisuales asistió a un curso en Costa Rica, la Maestra del Hogar se perfeccionó en Estados Unidos y la Enfermera en Chile, o sea un total de unos diez profesionales. Los beneficiarios de estas

oportunidades, muchas de ellas financiadas por la UNESCO en el marco del Proyecto Principal, compartían con todos nosotros sus nuevos conocimientos al regresar a La Mina.

Los intercambios nacionales e internacionales se intensificaron bajo variadas formas: fuimos visitados por especialistas de la FAO y de la OMS, representamos al país en varios eventos internacionales, mantuvimos correspondencia con el inolvidable Oscar Vera, Director de la Oficina de Coordinación del Proyecto Principal en La Habana, presentamos ponencias en el Seminario Latinoamericano sobre Formación de Maestros organizado por la UNESCO en Montevideo –donde tuve el gusto de conocer a mi más tarde amigo de siempre José Blat Gimeno- así como en otros seminarios internacionales, participamos en numerosas reuniones profesionales en la capital del departamento, Melo, y en Montevideo, impartimos clases en los Cursos de Verano de la Universidad de la República, en la Facultad de Arquitectura y en la Escuela de Enfermería, recibimos en La Mina estudiantes de magisterio y de los cursos de posgrado del Instituto Normal Rural, miembros de varias misiones sociopedagógicas, técnicos de la sede en Uruguay del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas y participantes en el Curso de Perfeccionamiento de Maestros Rurales que la UNESCO asistía en Ezeiza, República Argentina. En resumen, nuestras relaciones internas y externas se fueron enriqueciendo considerablemente, pese a nuestra ruralidad, carente de energía eléctrica y de teléfono. Y al exponer nuestras tesis no dejábamos de mencionar las fuentes documentales y estadísticas de la UNESCO, diciendo *esto lo afirma la UNESCO*. Años más tarde, ya en la Organización, no dejé de recordar esta importante función que ella tiene al permitir que profesionales nacionales, muchas veces en brega con sus superiores, confieran autoridad a sus declaraciones al invocar la dimensión internacional de los problemas y de las experiencias.

Eran horas prometedoras. América Latina, gracias a esfuerzos de origen local y nacional y al gran estímulo que emergía de la UNESCO de la época, concretaba en acciones su fe en la educación de los pueblos.

En octubre de 1957 Margaret nos anunció la visita a La Mina del Director General Adjunto de la UNESCO, Malcolm Adiseshiah. Fue memorable, incluso por la forma en que llegó a destino. El Sr. Adiseshiah disponía de muy escaso tiempo y el Núcleo estaba a casi quinientos kilómetros de Montevideo. Brayer –no me es posible escribir sobre La Mina sin tener permanentemente en el recuerdo su grande y convencido aporte- obtuvo la colaboración de la Fuerza Aérea, que cedió para el viaje un pequeño avión. Conocedor del terreno, Brayer escogió una parcela adecuada para el aterrizaje del pequeño aparato, que sólo fue posible después que el piloto procediera a varias maniobras rasantes para espantar unas vacas que no tenían por qué compartir ni la prisa ni los objetivos de los ilustres viajeros.

El Sr. Adisehsiah se reunió con las organizaciones de vecinos y de jóvenes, investigando a fondo qué había pasado en La Mina antes y después de nuestro trabajo y qué expectativas tenían para el futuro. Margaret hacía de intérprete. Pero el personal del Núcleo quedó fuera de la sala, pues no queríamos que nuestra presencia predispusiera las opiniones de los destinatarios de nuestro trabajo. Más tarde Margaret nos contó que uno de los jóvenes había dicho al Director General Adjunto: "Deseamos que nunca nos falte el trabajo del Núcleo: *sería como si nos cortaran las alas, ahora que ya estamos volando"*.

Después del almuerzo, Adiseshiah se declaró muy gratamente impresionado por lo que había visto y oído. De regreso a Montevideo redactó un entusiasta comunicado de prensa, afirmando que ése era el modelo de escuela rural que había que multiplicar en el Continente. Quedamos orgullosamente agrade-

cidos, pero conscientes de que las agencias internacionales comprendían mejor que las nacionales lo que estábamos queriendo hacer.

Me explico con un ejemplo: carecíamos de un medio de transporte adecuado por lo que debíamos desplazarnos a caballo, en *charret* y en un pequeño tractor. Esto resultaba un factor muy limitante, que afectaba la eficacia del trabajo y sobre todo la seguridad del personal, que debía hacer frente, muchas veces de noche, al mal estado de los caminos, a las inclemencias del tiempo y a las características propias de una zona fronteriza, contrabando incluído. Una vez más Bráyer se movilizó y propició la creación en Montevideo de la Asociación de Amigos del Núcleo que, presidida por D. Agustín Ferreiro, prestigioso educador, reunió el dinero necesario para poner a nuestra disposición una vieja camioneta, modelo Ford A, del año 1929. ¿El lector conoció este noble ser de la prehistoria? Con ella nuestro trabajo se hizo mucho más amplio y cómodo, por lo menos en los períodos en que el vehículo no estaba en reparación en un taller.

La UNESCO disponía por entonces de un programa de Bonos de Ayuda Mutua, mediante el cual cualquier persona o grupo de cualquier país podía solidarizarse con proyectos sugeridos por la Organización. El proyecto beneficiario recibía unos cupones en dólares, de diferentes valores, que aquel podía canjear para la realización de sus actividades. Margaret obtuvo que el Núcleo de La Mina fuera incluido en este programa a fin de poder comprar un vehículo de doble tracción. Empezaron a llovernos cupones y a cada remesa debíamos corresponder con una carta de acuse de recibo y algunas cartas de alumnos, fotos o informes míos que dejaran satisfechos a los donantes, motivándolos para nuevos envíos. Tras muchos meses de empeño, se había reunido la suma necesaria para la importación del ansiado vehículo. Escogimos el modelo adecuado y al negociar su compra con el vendedor surgió el tema del pago de los impuestos de importación. Como se trataba de una adquisición

que pasaría de inmediato a poder del Gobierno Uruguayo, gestionamos ante el Ministerio de Hacienda la exención del impuesto de importación. Se nos negó tal *privilegio*. Más aún, el impuesto era proporcional al peso del vehículo; como se trataba de un *todo terreno*, la suma a pagar equivalía al costo comercial del vehículo. Margaret aplicó al caso toda su autoridad, su firmeza y su adhesión a la causa. Fue inútil. No podíamos proseguir nuestra colecta de recursos; dólar tras dólar, ¿cuándo hubiéramos podido disponer de un medio tan indispensable a nuestro trabajo? Devolvimos a la UNESCO los dólares ya acumulados, con una larga carta explicativa. Todavía hoy Margaret recuerda aquel fracaso de su activa diplomacia. Yo aprendí qué infortunadas interpretaciones puede tener la palabra *prioridades* aplicada a la educación.

Un triunfo que acabó en fracaso

En abril de 1958 el Sr. Adiseshiah nos envió desde París una efusiva carta comentando su visita del año anterior y en ella incluía este estimulante párrafo:

El Comité Consultivo Intergubernamental del Proyecto Principal acordó (...) recomendar el establecimiento de un nuevo tipo de instituciones asociadas al Proyecto Principal, instituciones llamadas a cooperar en la realización de las finalidades de éste. (...) Dentro de esta categoría se ha incluido expresamente el Núcleo Experimental de La Mina, entre otras varias importantes instituciones educativas de América Latina. Con gran placer comunico a usted esta noticia, en la seguridad de que no omitirá esfuerzos para llevar adelante los propósitos del Proyecto Principal.

Tal decisión de la UNESCO se ajustaba perfectamente a nuestros planes. Hacia el final de la experiencia, comenzamos a planificar la etapa de expansión de la misma, proponiendo la

creación del Sistema de Núcleos Escolares. Visitamos otras zonas rurales, planeamos la formación del personal, logramos la inclusión en el presupuesto nacional de los gastos necesarios, hicimos saber a la UNESCO que nuevos tiempos se avecinaban. Nos equivocamos. Las fuerzas progresistas del país sufrieron un revés electoral. A mediados de 1959 nuevas autoridades de signo contrario se hicieron cargo de la enseñanza y el Núcleo de La Mina, la Sección Educación Rural, las Escuelas Granjas y el Instituto Normal Rural fueron objeto de medidas que imposibilitaron el trabajo. Éste había sido demasiado exitoso, es decir, demasiado peligroso para los espíritus retrógrados que habían asumido el poder. Yo presenté una sonada renuncia que dio lugar a varias interpelaciones parlamentarias al Ministro de Educación. Éste, que nos había visitado, tenía en alta estima nuestro proyecto, pero el poder estaba descentralizado a favor del Consejo de Enseñanza Primaria, que no cedió en su temor a nuestros *subversivos* objetivos.

América Latina está plagada de situaciones similares. Edificar ciertas obras nacionales e internacionales requiere largo tiempo, firmes convicciones e intensos esfuerzos. Destruirlas es mucho más fácil. Los efectos de esas destrucciones pueden lesionar los derechos de generaciones enteras, que pueden quedar *con las alas cortadas.* El país conocería horas aun mucho peores. Sin nostalgia pero con indignación afirmo que la educación uruguaya no se ha repuesto aún del maltrato a que fue sometida desde aquel nefasto 1961.

Mi capítulo internacional

La UNESCO incorporó el Director renunciante a su personal y más tarde a otros de los educadores asociados a La Mina. Tras veinte años de experiencia nacional, trabajé otro tanto en el campo internacional. Y colaboré con proyectos de terreno, algunos de ellos financiados con los Bonos de Ayuda

Mutua que yo no había podido utilizar, continué siempre formando personal, hice aportes al período final del Proyecto Principal para cuya evaluación fui consultado, colaboré a partir de 1979 en el lanzamiento y puesta en marcha de otro Proyecto Principal de Educación en América Latina. Cuarenta años de labor nacional e internacional me enseñaron que resulta obligado reconocer la *historicidad* y la *politicidad* de la educación, que la autonomía de ésta es muy escasa, que el proyecto educativo no puede sino ser coherente con el proyecto políticosocial. Toda herejía educativa importante, con visos de consolidación, será castigada.

Y hoy, iniciado un nuevo siglo y sometida la Humanidad al viento huracanado y uniformizante de los valores economicistas, que vienen impregnando incluso las propuestas de organismos financieros internacionales autoconvencidos de un supuesto derecho a pontificar en materia de educación, expuestos todos como estamos a los estragos de la intolerancia, la competitividad y los conflictos armados, envueltos en dudas sobre el sentido y hasta la viabilidad de nuestro futuro, no puedo sino recomendar enfáticamente que, con la UNESCO en primera línea -pero, ¿cuál UNESCO? ¿La UNESCO fundacional, la de siempre, una nueva UNESCO?- no nos resignemos y continuemos haciendo, juntos, cuanto nos sea posible por evitar que los jóvenes nos acusen de *haberles cortado las alas*.